

AREA

**agenda de reflexión en arquitectura,
diseño y urbanismo**

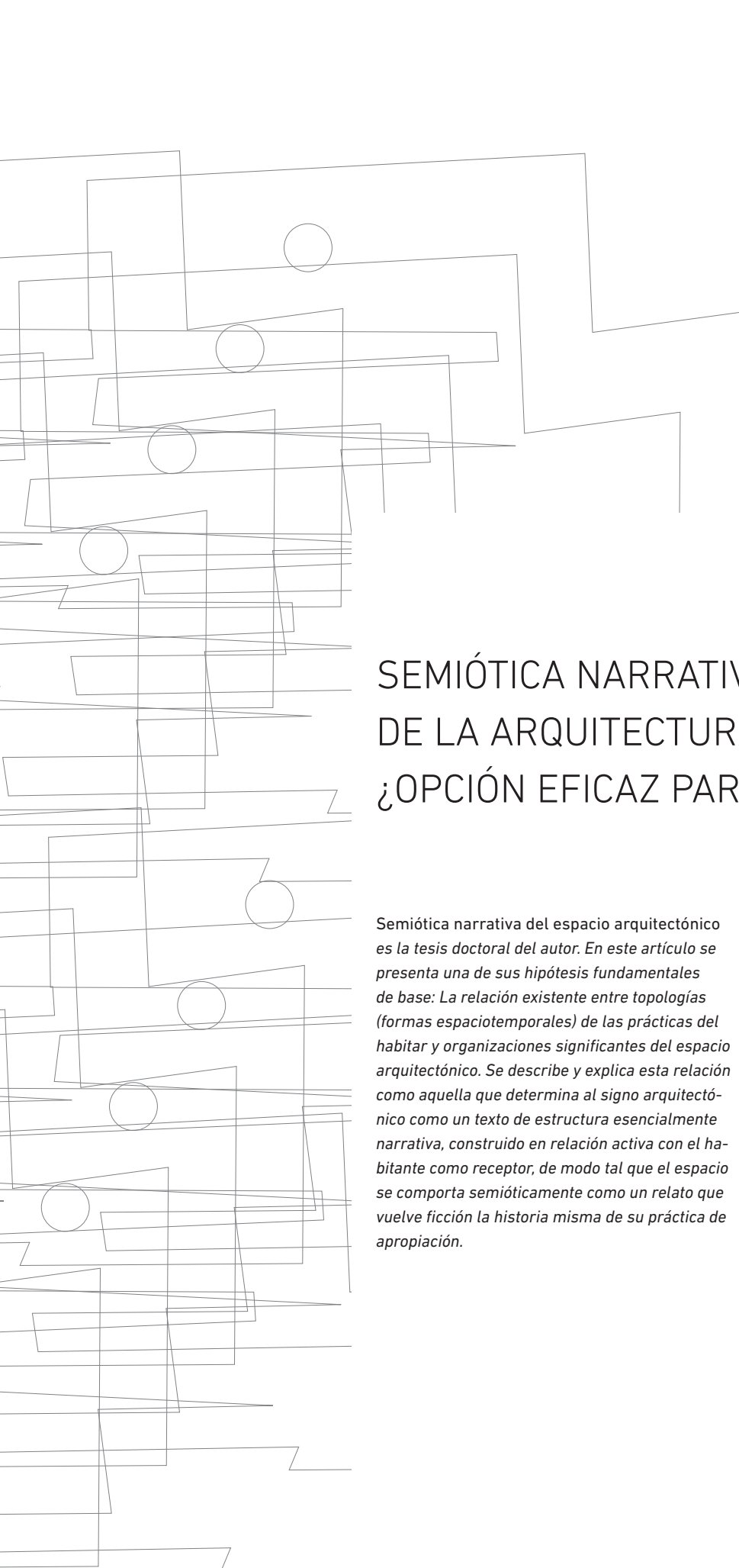
*agenda of reflection on architecture,
design and urbanism*

Nº 18 | OCTUBRE DE 2012
REVISTA ANUAL

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Arquitectura,
Diseño y Urbanismo

CONTENIDOS | CONTENTS

- | | |
|---|--|
| <p>7 Editorial</p> <p>9 Factores de exposición al riesgo de lesiones viales
PATRICIA MAYO DIANA DE PIETRI
PATRICIA DIETRICH ALEJANDRO CARCAGNO</p> <p>23 Semiótica narrativa de la arquitectura:
¿opción eficaz para el diseño?
BRUNO CHUK</p> <p>39 Reflexiones sobre la posibilidad
de emergencia de una epistemia
intersectorial. Aportes desde una
experiencia particular en Villa La Tela,
Córdoba
PAULA PEYLOUBET MARIANA J. ORTECHO</p> <p>53 De la 'casa de tres patios' al 'hôtel
particulier'
GUILLERMO L. RODRÍGUEZ</p> | <p>65 Ecología y color en textiles desde
los noventa hasta la actualidad
MARÍA L. MUSSO</p> <p>77 La estación del Ferrocarril Santa Fe
y la configuración de un espacio urbano
diverso
MARÍA A. SAUS</p> <p>90 Reseña de libro</p> <p>92 Aperturas</p> |
|---|--|



texto espacial
semiótica narrativa
temporalidad inmanente

space text
narrative semiotics
immanent temporality

> BRUNO CHUK

Instituto de la Espacialidad Humana,
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo,
Universidad de Buenos Aires

SEMIÓTICA NARRATIVA DE LA ARQUITECTURA: ¿OPCIÓN EFICAZ PARA EL DISEÑO?

Semiótica narrativa del espacio arquitectónico es la tesis doctoral del autor. En este artículo se presenta una de sus hipótesis fundamentales de base: La relación existente entre topologías (formas espaciotemporales) de las prácticas del habitar y organizaciones significantes del espacio arquitectónico. Se describe y explica esta relación como aquella que determina al signo arquitectónico como un texto de estructura esencialmente narrativa, construido en relación activa con el habitante como receptor, de modo tal que el espacio se comporta semióticamente como un relato que vuelve ficción la historia misma de su práctica de apropiación.

Narrative semiotics of architecture: is an effective option for design?

Narrative semiotics of architectonic space is the doctoral thesis of author. In this text its present one of its basis fundamental hypotheses: The relation existent between topologies (space temporal forms) of inhabit's practice and significant organizations of architecture space. Its described and explained this relation as those that determine to architectonic sign like a text of essentially narrative structure, constructed in active relation with the inhabitant as receiver, therefore the space behaves in semiotics terms as a story that prints its fiction in the same history of its appropriation practice.

Una semiótica del habitante y un habitar semiotizado

Puede que la pregunta del título inicial sea para muchos de los lectores extemporánea o acaso mal ubicada en el listado actual de interrogantes. Será tal vez mejor preguntar primero si la *semiótica*, en general, sea en alguna manera una opción eficaz para la producción concreta de los arquitectos, un instrumento teórico-metodológico probo en la práctica creativa de sus incursiones morfológicas y decisiones previas de proyecto antes de la ejecución de la obra; me refiero a ese proyecto que no es solo exploración lúdica-académica sino que aspira a ser ejecutado, donde se cruzan cuestiones de orden contingente y necesidades más viscerales de la práctica concreta del diseño.

La distancia entre las teorías semióticas en arquitectura y la producción concreta de la obra es bastante conocida y también vivida puertas adentro de nuestras casas de estudio. Será este artículo, por lo tanto, una invitación doble al lector: Invito, en primer lugar, a volver a revisar, desde el interés legítimo del diseño, las razones de fondo por las cuales retomar la semiótica aplicada a la arquitectura, sin entrar aquí en el detalle de cada teoría semiótica, explorando desde el borde, desde los límites disciplinares donde diseño arquitectónico y semiótica se encuentran y pueden enriquecerse mutuamente. En segundo lugar, invitaré, sí, a descubrir en la condición narrativa de la significación del espacio una nueva potencialidad para el pensamiento proyectual en arquitectura.

A esta altura de los acontecimientos en el desarrollo de la teoría, tenemos a la mano dos grandes motivaciones de peso para comprender al espacio arquitectónico desde la semiótica narrativa: *el doble reconocimiento*

de una semiótica del habitante y un habitar semiotizado.

La primera viene justamente desde la propia escuela de semiótica narrativa, la de herencia estructuralista, la semiótica levantada por Algirdas Julien Greimas. La otra motivación nos viene desde el interior de la teoría de la arquitectura, desde su necesidad y decisión ética de liberarse de auto referencialidad. Comienzo por la motivación propiamente semiótica. Desde hace ya algunas décadas, la semiótica narrativa ha continuado desarrollándose hasta hoy en una línea muy clara de acercamiento a la fenomenología de la percepción y a la fenomenología en general, porque justamente ese había sido su déficit inicial (Greimas y Courtés 1979 [1982: 475]). Fue creciendo cada vez más la relevancia del signifiante y sus pertinencias en el sistema semiótico y, por lo tanto, la importancia del registro sobre los textos y los estudios pormenorizados del llamado “nivel superficial” y “nivel enunciativo” del texto, que están del lado del significado pero, que *son lo más cercano al signifiante discursivo.*

Plantada sobre su herencia estructuralista, la semiótica narrativa se levantó inicialmente para reconocer en todo signo su estructura sintagmática, su composición de partes que hacen al todo, su estructura temporal interna por la cual, en un despliegue temporal (tanto del signifiante como del significado) el signo-texto logra comunicar la totalidad de sus contenidos en forma de relato. Entonces no es ya *un* significado, no es tampoco *un grupo* de significados inconexos acumulados en la bolsa de múltiples oposiciones binarias; es por el contrario un *texto*, una estructura de significación donde los significados se generan por sus propias relaciones sintagmáticas (una al lado de la otra en la composición textual de tal discurso), de manera que para

entender cada parte hay que entender el todo y viceversa en ese compuesto de signos concatenados en su *temporalidad interna* (Greimas 1966 [1987: 398]). Pero siempre desde una estructura semántica y sintáctica del *contenido*.

Para Greimas y su escuela, la cuestión de *lo interno* fue clave para delimitar y circunscribir al objeto científico de su semiótica. La *internidad* del texto es también una postura epistemológica: El llamado “postulado de inmanencia” fue establecido a rajatabla y a rajatabla negada toda postulación de referente o contacto exterior: El objeto-texto en cuestión nace de un corpus delimitado por el semiólogo y circunscrito al discurso analizado y producido, al discurso material y puesto en circulación que se investiga. “Fuera del texto no hay salvación” decía Greimas. Es decir, que inicialmente (y hasta hoy) para los greimasianos, el modelo estructural de contenidos narrativos aspiraba a proyectarse universalmente en todo tipo de discurso producido, sea cual fuere su soporte material y su dispositivo de discurso (que quedaban también en la externidad del texto). Se trataba, por entonces, de descubrir esas relaciones compositivas sintagmáticas y encontrar el sentido del texto en la unidad de su estructura de contenidos, sea cual fuere la materialidad y la modalidad perceptiva del significante o *plano de expresión*.

Pronto las limitaciones de este mecanismo proyectivo se hicieron notar, pues, el modelo semionarrativo funcionaba (y funciona) con grandes logros para los discursos del tipo que dieron origen a su especial semiótica, los *discursos escritos* y de lenguajes naturales (en especial el cuento, la novela, el mito), pero para los discursos de otra naturaleza como los visuales o los signos-función (entre ellos el espacio arquitectónico) otro era el resultado: quedaban vacíos importantes en la comprensión del significante, de cómo esta particular sintaxis expresiva componía ahora su propia textualidad. Sin lugar a dudas, los avances de la teoría de la enunciación desde Benveniste (1966 [1971: 218]) y sus vínculos con la semiótica de las pasiones (Greimas-Fontanille 1991 [1994: 274]; Parret 1986 [1995: 258]), la actual semiótica tensiva y el

análisis del discurso del post-estructuralismo (si así puede llamarse) nos alertaron sobre la importancia de la *materialidad* del discurso, sobre las leyes propias de cada significante en la determinación de su sentido textual, que interactúa a la par con su plano de contenidos. En esta dirección ha caminado hasta hoy la semiótica narrativa; y la semiótica visual y del espacio hicieron lo propio, han venido a trazar este rumbo de búsqueda en la actualidad, de reconocer, por un lado, la especificidad del significante, de su materialidad y de su contexto de recepción y, por otro lado, de su capacidad específica de *producir texto*, de impartir significado desde su condición narrativa específica (Klinkenberg 2005: 28). Lo dicho ha provocado asimismo un acercamiento que antes parecía casi herético, entre la escuela narrativa y la teoría peirciana, pues, el acercarse a la soberanía del significante es y será siempre acercarse a la fenomenología, de mínima a la fenomenología de la percepción (Brandt 1987 [1993: 19]), pero ello es también acercarse a la *factualidad del discurso*, es decir, a las condiciones de posibilidades materiales dónde y cuándo el significante es recibido y consumido en tanto discurso circulante. Y esto es, por cierto, llegar hasta Peirce.

Uno de estos acercamientos más prometedores dentro de las década precedente ha sido el de Per Aage Brandt, quien propone la opción por una *ontología fuerte*, plasmada en una competencia pragmática universal de un sujeto que *hace signo* (1994 [1994: 204]), articulada por los tres niveles de significación del texto y sus vertimientos, analogados en esta competencia por las tres tipologías de signos de Peirce (Tabla 1).

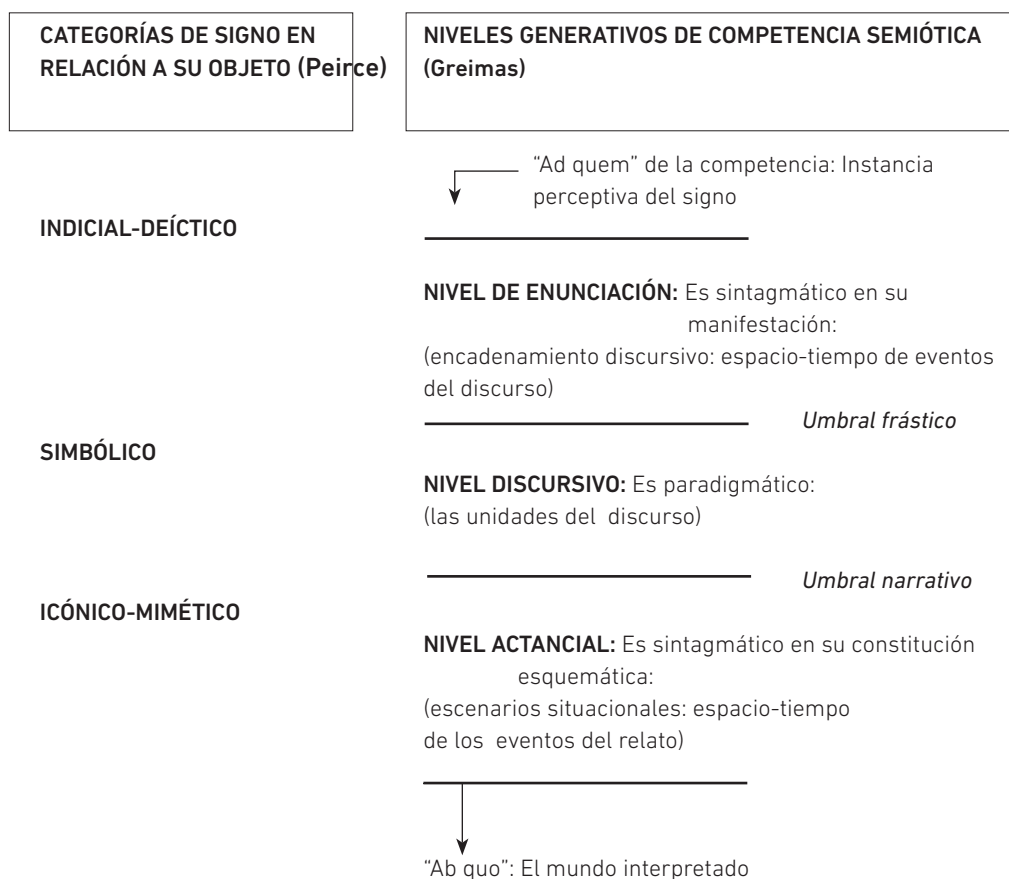
Actualmente, la semiótica visual está incurriendo estos puentes entre ambas escuelas, puentes que habrá que trazar con cuidado para no caer, pero que nos abren a la búsqueda genuina del sentido de varias semióticas: Si propongo indagar ahora en el espacio arquitectónico como texto, no lo hago pues desde una actitud proyectiva o petición de principios. No estoy diciendo: “Según Greimas y la semiótica narrativa hemos de ver al espacio como un texto”. Planteo algo más delicado y teóricamente respetuoso: es el espacio arquitectónico, su naturaleza signifi- cante y sus

Tabla 1
Modelo de competencia
pragmática según Brandt.

condiciones materiales de recepción en sus habitantes, lo que hace de él intrínsecamente un signo narrativo, un texto del habitar. Son las condiciones particulares de significación del espacio, cuando el espacio es leído e interpretado desde sus habitantes, lo que hace al espacio arquitectónico un verdadero relato de estructuración textual (semionarrativa), y es por eso, justamente, que es tan prometedora la opción narrativa para el diseño arquitectónico.

Vuelvo ahora a la segunda motivación, la que llega desde la propia teoría de la arquitectura. Un par de líneas más arriba advertía esto de las condiciones materiales de recepción *en sus habitantes*, y esto es crucial para situarse en la opción semiótica: Para entender la importancia y peso teórico de la semiótica narrativa sobre la arquitectura hay que hacer primero una opción de índole teórico-ideo-

lógica, hay que liberar de auto referencialidad a la teoría de la arquitectura, y situar el problema semiótico en la experiencia misma del habitante. No nos interesa aquí reconstruir el significado del espacio arquitectónico desde ninguna mirada teórica previa, sea cual fuere; claro que siempre hay algo *previo*, pero me refiero a no someter el sentido del espacio arquitectónico a la auto referencialidad de las teorías sobre la arquitectura, donde cada teoría viene a ver en los significados de la arquitectura lo que necesita ver con el cristal semiótico para justificar entonces su tendencia y su réplica de modelos. La propuesta aquí es todo lo contrario: Si salimos de dar servicio teórico a los modelos cerrados de arquitectura y vamos en cambio a la búsqueda de reconstruir *la mirada del habitante*, es decir de cómo el habitante en su práctica de apropiación habitacional interpreta-para-sí



el espacio que le cobija, de cómo es en su propio habitar su más propia hermenéutica del habitar, de cómo el habitante vive, digamos, en carne propia esa carga semántica del espacio y cómo *hace signo* tras el vertimiento semántico de su competencia, entonces y solo entonces podremos ver lo importante, lo crucial, podremos ver (y es hacia donde se dirige este artículo) que ese discurso espacial tiene la forma de un relato, posee estructura narrativa propia.

Gran paradoja semiótica: Justo el signo que es por excelencia *espacial* tiene una forma *temporal* en sus contenidos. Para decirlo de otra manera, cuando nos ponemos a reconstruir la semiosis del habitante, entonces descubrimos que el espacio arquitectónico opera semióticamente como un relato, le-relata-la-vida al sujeto que se apropia, en la praxis, de él. El espacio, en relación activa con la mirada del habitante (donde ambos, informador y observador son activos: encuentro originante de una indicialidad enunciativa única, muy diferente al de los lenguajes naturales) construye un relato de ficción, una historia que ficciona¹ la realidad de esa práctica habitacional. Los contenidos semánticos del texto espacial llegan y son configurados por el habitante como un relato de su vida *ahí*, donde él despliega su existencia espacial. Un relato que ficciona sus conductas, sus modos de ser, sus roles intersubjetivos y que, sobre todo, en su nivel actancial establece *objetos de deseo* en sus prácticas, objetos-valor en torno a los cuales se estructura el relato mismo, pero también se vive y despliega su apropiación habitacional. Digamos además que texto espacial, relato arquitectónico, no es *igual* a práctica habitacional, y no es tampoco el reflejo transparente de la *verdad* de su referente. No confundamos pues signo y referente, referente y verdad.

Viejas trampas. El relato es construcción semiótica de esa práctica, mientras que la práctica es práctica histórica, el *factum* donde la semiótica no llega ni desea contener. Pero advirtamos asimismo, también, el cruce mutuo de sus acontecimientos: El acontecimiento semiótico del relato espacial, así como lo estamos entendiendo acá, se realiza en el seno mismo de la práctica histórica del habitar, de su referente más genuino, y por eso esta

semiosis en particular es tan importante para nosotros, pues ese relato alberga el contenido que influirá (con variables grados de coerción y de ficción), en la misma práctica.

En cuanto a esta relación no proyectiva, no espejada, pero sí *convergente* entre ficción del espacio y práctica histórica de su apropiación, recomendaré al lector la ineludible disputa teórica (mucho más allá de los límites de la ortodoxia narrativa francesa) del llamado *narrativismo historiográfico*, continuista, como en el caso de David Carr (1986), o discontinuista, como el caso de Ricoeur (1985 [1995: 371]). Sobre todo en Carr, quien desarrolla la tesis por la cual las prácticas históricas tendrían en sí mismas una estructura básica narrativa, de principio-medio-fin (y todo vínculo con el antecedente de Anscombe (1991: 160) será correcto), comandada por un sujeto social que pivotaría entre un yo/nosotros, poniendo el acento en cómo esta estructura narrativa lleva en sí misma la trama de vinculación social que se genera y establece por el propio relato interno a ella. Dicha estructura teleológica, antes que en Anscombe, tiene su claro antecedente en el primer Heidegger, y en aquel ser-yecto que temporaría en el advenir, que hace auténtica su existencia tensándola hacia su horizonte de finitud. Por eso será que, en mi caso, la semiótica narrativa del espacio viene a articularse necesariamente con la antropología existencial, pues es crucial comprender de qué sujeto y de qué práctica hablamos *para* esta semiosis.

El doble camino fenomenológico. Fundamentos primarios de la semiótica narrativa de la arquitectura

¿Hacia qué senderos teóricos nos llevarán estas dos motivaciones? Será necesariamente un derrotero interdisciplinario en el cual ni la semiótica ni la teoría de la arquitectura podrán transitar solas. Adoptar, como lo dice Brandt, una postura *morfodinámica* en la cual “las formas son primeramente las de las sustancias”, nos lleva a la necesidad de una fenomenología de la percepción centrada en el habitante, reconstruir la mirada específica desde la cual

1. Digo “ficciona” en los exactos términos en los que Foucault forzaba su uso verbal, aludiendo a que el discurso de verdad “fabrica”, “ficciona”, un evento que aún no existe (Foucault 1979: 162).

el objeto arquitectónico se vuelve, se arma y se rearma como texto desde la participación de su mirada, mirada que es única por lo único de este *dispositivo de discurso*, que hace participar al cuerpo y a las pertinencias de su corporeidad en ese ejercicio de mirada desde el habitar mismo. Por otro lado, estoy aludiendo constantemente al *habitante* y, sin embargo, ¿cómo capturar su sentido último? ¿Desde dónde asirlo y cómo teorizar al sujeto habitante? ¿Cómo es la sinergia entre este sujeto habitante (del lado de la práctica) y el sujeto semiótico (de la competencia pragmática semionarrativa)? Mi mejor opción aquí es pues, con Heidegger, negar una teoría del sujeto del tipo *res pensante* y reconocer primero al sujeto que existe en-el-espacio, no que *ocupa un espacio*, sino que es, desde su primordialidad, *ser-abí*, que es él mismo despliegue espacial. Así como acudimos a una fenomenología de la percepción, nos es imprescindible acudir a una fenomenología del habitar, lo que nos lleva directamente a una antropología existencial (Heidegger 1927 [1951: 510]).

Una semiótica narrativa de la arquitectura que tome en serio una postura morfodinámica, un reconocimiento de la especificidad de la que hablamos con el espacio y con el habitante, es imposible de ser formulada sin transitar por este doble camino fenomenológico: el que reconstruye la mirada activa del habitante y el que se sitúa en la condición existencial del habitar. Hemos llegado hasta aquí a un punto crucial de desembocadura en la teoría peirciana donde este doble sendero fenomenológico se encontrará con la *faneroscopia* pragmática de Peirce. Traducido a los términos de Peirce (1974: 117) estoy diciendo que: a) Situados en la semiosis del espacio arquitectónico por la cual su signo interpretante viene a ser la práctica de apropiación habitacional, sucederá que, b) Las condiciones de percepción y registro en la recepción del habitante, que tendrán a su cargo la construcción activa del discurso arquitectónico, es *interpretante inmediato* en tal semiosis, porque son las condiciones activas de regulaciones necesarias que harán posible la emergencia del discurso como tal. c) Las condiciones fenomenológicas

espacio-existenciales, que regulan la práctica habitacional que se da en *respuesta* al signo-texto arquitectónico es *interpretante dinámico* en su semiosis, el *efecto* en respuesta *para el cual* (en nuestro caso) el espacio arquitectónico opera como signo. Y finalmente, d) Bajo estas condiciones específicas de semiosis, el signo arquitectónico presenta una forma esencialmente narrativa.

En mi tesis doctoral (2005: 351) resumí esta dupla de regulaciones interpretantes con el título de “sujeto receptor-habitante”. Si somos fieles a Peirce, reconoceremos que estas condiciones de emergencia del signo se interfieren entre sí y no pueden ser comprendidas por separado, a menos que se las particularice a efectos del análisis teórico.

En lo que sigue, me detendré en el segundo componente del par, el interpretante dinámico, el efecto que, en el marco de la pragmática peirciana, acontece como práctica de apropiación.

La temporalidad del espacio existencial y la temporalidad del texto: Inmanencia temporal en la práctica y en el texto

No hablemos aún de morfología entitativa de la arquitectura, de sus componentes materializables, de sus delimitaciones. Hablemos primero del espacio existencial tal como ya hace tiempo nos convocaran Norberg-Schulz, Bollnow, Bachelard o, en principio, el mismo Heidegger. Este espacio existencial que es despliegue espacial del *ser-abí*, condición del ser antes que característica del ente, tiene una temporalidad interna a sí. Es un espacio que no es *espacio* como la resonancia del término nos golpea de inmediato en el oído a los arquitectos, porque este espacio existencial, al tener un tiempo interno, es primero *espacio-temporalidad originaria*. El espacio del que hablo, el que puede de alguna forma palpase en toda experiencia de apropiación habitacional, es un espacio-tiempo indivisible que presenta una *temporalidad kairológica* y no cronológica. No es el tiempo útil y mensurable de reloj en que transcurre el paso de una función a otra, el tiempo mecánico-utilitario al que nos habituaron a pensar los organigra-

mas del funcionalismo. Es, en cambio, el tiempo del *acontecimiento oportuno*, de los eventos primarios que vectorizan los sucesos del habitar, de modo que el espacio existencial es antes que espacio, digo nuevamente, *acontecimiento del ser*. Es un espacio-tiempo esencialmente *afectivo* puesto que el acontecimiento del habitar tiene que ver originariamente con la pertenencia, con el ser-de algún-sitio, y tiene que ver con los deseos puestos en los propósitos del habitar, con el hecho de habitar *tensado hacia* un objetivo, una finalidad que concentra atención y despliega la búsqueda. Una finalidad que, por derecho propio, es mucho más que utilidad físico-mecánica. Por tanto, esta célula espaciotemporal afectiva que funda y que también regula desde el origen del *ser-ahí* todo despliegue espacial humano vuelve entonces a tener una doble constitución existencial que he llamado “sitio y ritual”. Para decirlo de alguna manera inexacta, todo espacio es al mismo tiempo sitio y ritual de aquel *ser-cabe* del que habla Heidegger. El *ser-ahí* se despliega como conformidad de su sitio, con un centro y una periferia, o mejor en los términos de la propia antropología existencial, una territorialidad con componentes espacio-existenciales, con bordes y escalas lábiles y móviles. Siempre diremos: “Estoy *dentro/fuera* del plexo de los entes y del borde del cual proviene mi identidad”. Y lo diremos así a diversas escalas y delimitaciones físicas de la arquitectura. Pero también siempre diremos: “Estoy *apuntado* hacia aquel fin que me tensa, he quedado orientado por el deseo de un logro especial en este espacio particular”. El *sitio* establece los con-fines del escenario del habitar: ordena confinando la práctica; el *ritual* tensa los eventos del habitar: ordena orientando la práctica. De este modo, viene a suceder algo así como una función inversa entre ambos: en la célula espaciotemporal el sitio *espacializa la temporalidad* y el ritual *temporaliza el espacio* de la existencia humana. El *sitio* escenifica su *ritual*; el *ritual* tensa su *sitio*.

Tal vez le suceda al lector al transitar estas líneas que piense en principio en los rituales más protocolares de la vida humana (y por cierto en una concepción amplia del término que excede en mucho lo litúrgico). Hay

rituales para ir a la cancha y ver un partido de fútbol, hay rituales bancarios, hay rituales de paseo. Ciertamente, está bien en lo inmediato pensarlo así, pues estos son casos evidentes de cómo la espacialidad se organiza en células sucesivas de *principio-medio-fin* tal como el narrativismo de Carr lo postula, y de cómo el ritmo de la secuencia tensa cada uno de sus escenarios hacia un fin deseado, y cómo (volveré a decir) estos fines superan en mucho a los organigramas funcionales y motores que subsumen. Sin embargo, no necesariamente los rituales deben estar protocolarizados bajo todo su rigor. Hay rituales más libres, acaso también rituales más sencillos o simples en la cotidianeidad de la vida, pero todos ellos, de una manera u otra, ordenarán secuencialmente su sitio. Hay incluso rituales que contrarían su propia tradición protocolar y reformulan su propia práctica.

Sea como fuera, nos ha sucedido que este binomio existencial de *sitio/ritual* nunca fue desarrollado en la teoría de la arquitectura, básicamente porque *el tiempo* en arquitectura es asumido siempre desde el pensamiento occidental como tiempo trascendente (en sentido husserliano), es decir, como historia de la arquitectura, como el tiempo objetivizado por la historiografía y/o eternizado en las nociones de tipo y modelo, aún incluso y sobre todo en las nociones rossianas de *permanencia* y *monumento* (Rossi 1982: 312). Y cuando la teoría de la arquitectura ha querido destinarse al tiempo inmanente (al tiempo interno a la práctica de apropiación habitacional *ahí*) no ha hecho más que reducirlo al tiempo físico-mecánico funcionalista, aún incluso cuando ha querido cambiar al tiempo utilitario por el tiempo morfológico puro, como fue el caso de la exploración Eisenman-Hejduk de la neo-vanguardia (Piñón 1984: 197). Diré más: La categoría existencial de “ritual” fue extraviada por el propio existencialismo ya desde el origen de *Ser y Tiempo*, donde Heidegger concibe al espacio como degradación del tiempo, como sola *caída*, y la única manera que encontrará luego de recuperar al espacio (en *Poéticamente habita el hombre* 1951 [1960: 15] y en general en el “último Heidegger”) será desde una pura operación hermenéutica del habitante. Quie-

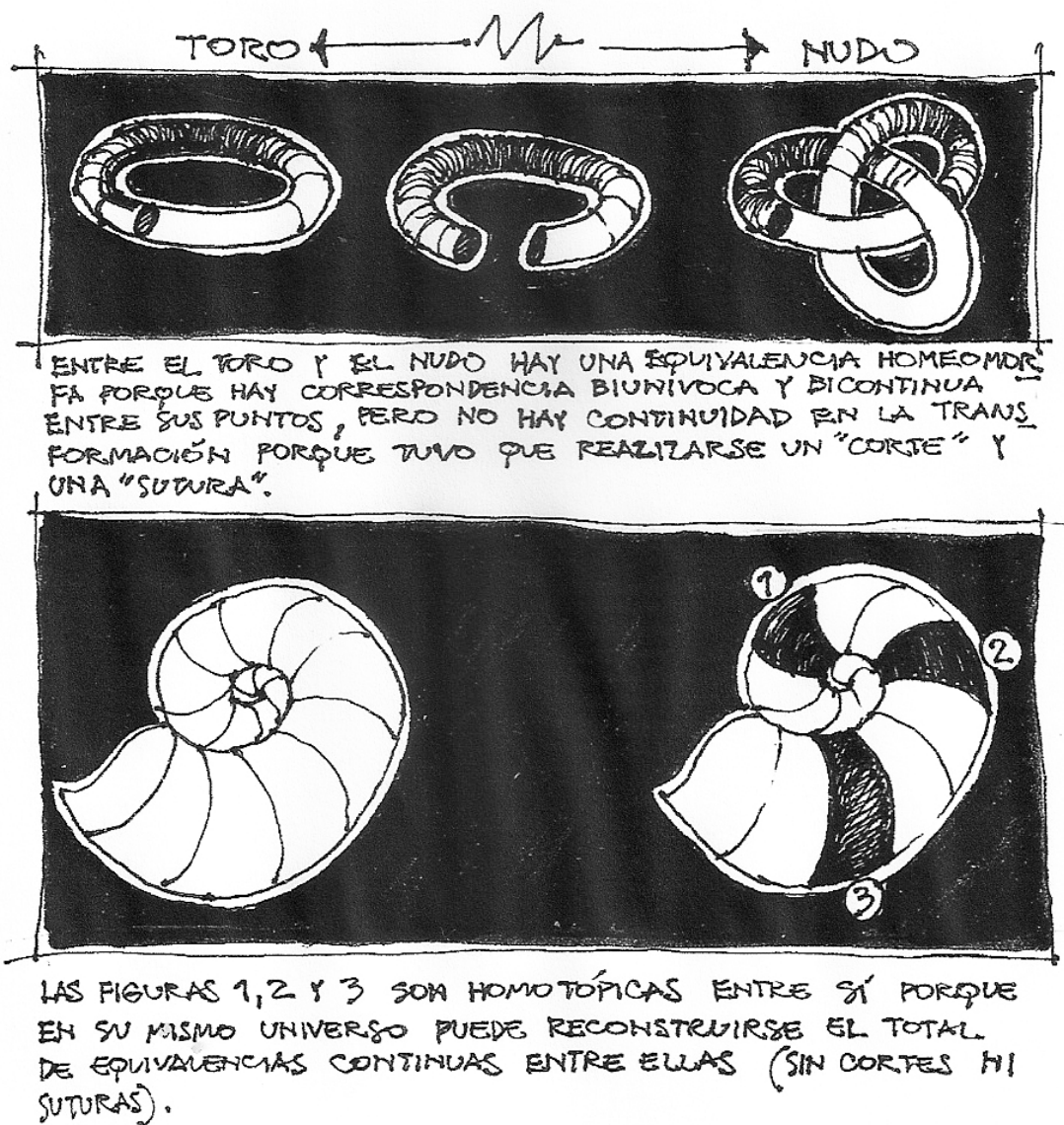


Figura 1
Toro y nudo.

ro decir: Para Heidegger, el espacio es retomado y hecho auténticamente propio cuando el habitante interpreta, auto-comprende su espacialidad también destinada al advenir de su proyecto de vida. Ahora bien, hace silencio Heidegger sobre esa espacialidad en tanto *despliegue espacial* auténticamente propio. Hemos tenido, sí, indicadores más que sugerentes sobre el binomio *sitio/ritual* que nos llegaran de diversas fuentes, pero que han tan solo rozado este asunto desde otras disciplinas: El psicoanálisis dejó rastros importantes en textos emblemáticos como *Lo ominoso* (Freud 1919 [1988]) o en el caso de *Más allá del principio del placer* (Freud 1920 [1988]) con aquel famoso juego del carrete y la noción *aquí-allá* tras la cual los límites comienzan a abrirse al ritmo de presencias y ausencias. La sociología nos entregó un prometedor anticipo en *La revolución urbana* de Lefebvre (1970 [1976: 199]), sobre cómo los

espacios humanos se delimitan por el poder y el deseo (una vez más, binomio de confinamiento y de tensividad). La antropología existencial hizo lo propio con autores como los mencionados más arriba, pero centrando el tema solo en la noción de "sitio" y "plexo". Aún así, las nociones de "cosa", "lugar" y "centro", "camino", "región", "puerta" y "ventana" espacio-existencial y sus cualificaciones topológicas son claves para comprender la noción más precisa del "sitio" y su condición territorial. Recordaré finalmente que existe en arquitectura una cierta tendencia llamada "arquitectura narrativa", que en nuestro país se contrapuso a la "arquitectura de modelos", y que es reconocida por su composición más sintagmática que paradigmática. Es lo que con buen acierto nos hicieron notar en sus artículos de divulgación autores como Roberto Fernández (2002: 4).

Ahora, en cuanto al nudo central del problema al que quiero llegar, ya he planteado que la condición narrativa del espacio no es aquí una postura de tendencia entre otras: Este *par sitio/ritual* propio a la espaciotemporalidad humana tiene una formación topológica que ordena primariamente *a su vez* el tiempo y el espacio de la práctica de apropiación. Y así, esta formación topológica es la que ordena y recorta *a su vez* la materia sensible del significante que nos ocupa, de manera tal que las hará operar semióticamente con funciones narrativas.

El sitio escenifica su ritual porque se compone de equivalencias topológicas *homeomorfas*. Son grupos equivalentes entre sí, pero que no tienen una transformación sucesiva entre ellos. La noción de transformación topológica es clave aquí para comprender el caso. Al no haber transformación continua entre dos equivalencias (entre dos lugares, entre dos caminos, entre dos regiones, etc.), los grupos homeomorfos *detienen el tiempo* en su simultaneidad-no-continua entre ellos. Porque las equivalencias son una y otra, sin continuidad, al unísono en el mismo universo topológico al cual pertenecen. Digamos que necesitan convivir en su universo en un tiempo detenido; detenido en sus propias equivalencias. Entonces un grupo homeomorfo vendrá a desplegarse como escenario simultáneo de la vida.

Pero a la inversa, las topologías del ritual son *homotópicas*. En tal caso, un grupo topológico es equivalente a otro porque en su mismo universo conviven una serie continua de transformaciones entre uno y otro grupo, entre una y otra familia de isotopías. Entonces aparece un *ritmo*, un movimiento continuo de transformación que va desde un origen a un final y viceversa. Esta continuidad rítmica es la que modula un *proceso temporal* en la práctica dentro el mismo universo topológico (Fréchet y Fan 1946 [1959: 62]). Veamos primero un par de ejemplos bien simples en las figuras de toro y nudo (Figura 1).

Diré finalmente con Genette (1966), que la llamada “función descriptiva” del relato es realizada en arquitectura por las homeomorfías del sitio, y la “función narrativa” (aquí “narrativa” en el sentido estricto en que

usa el término Genette) por las homotopías del ritual. El punto es que estas funciones semióticas generales del lado del relato, en su inmanencia textual, se corresponden con el mismo orden espaciotemporal del lado de la forma espaciotemporal de la práctica: Cuando un relato cumple su función descriptiva, éste detiene su marcha, su proceso temporal interno, y abre al espacio que es el fondo de los eventos, comienza a detallar el escenario situacional donde acontece la historia, por tanto el ritmo se detiene y se despliega una *simultaneidad* de fuerzas, lugares, cosas. En cambio, la función narrativa, superpuesta a la primera, es aquella por la cual el relato avanza o retrocede, la que regula la *secuencia* temporal de estos eventos (la “programación temporal” en los términos greimasianos), la que marca los cambios y transformaciones que sufren los lugares, cosas, actores, en torno a una necesidad, una carencia que quiere ser saldada en el relato con la obtención del actante objeto de deseo en cuestión. Objeto de deseo que, además, para la semiótica narrativa ortodoxa está puesto en una red de relaciones con otras fuerzas operantes (el *modelo actancial* de superficie). Sobre todo, la semiótica de las pasiones ha venido a enseñarnos que ese proceso temporal de eventos en el relato está sobredeterminado por las pasiones puestas en el discurso, es decir, por cómo el relato es contado desde la afectividad, y de cómo esta afectividad provoca un ritmo en la secuencia de los eventos, de los avatares entre objeto y sujeto de deseo, y modaliza a quien encarna al sujeto de tales pasiones dentro del relato mismo. Viene a suceder entonces que la función narrativa echa a andar los eventos del relato a través de los ritmos pasionales puestos en juego por él, ritmos que para la semiótica de las pasiones *son también formas continuas, como lo son las formas homotópicas del ritual*.

Hay entonces una convergencia entre la *significatividad* (en los términos heideggerianos),

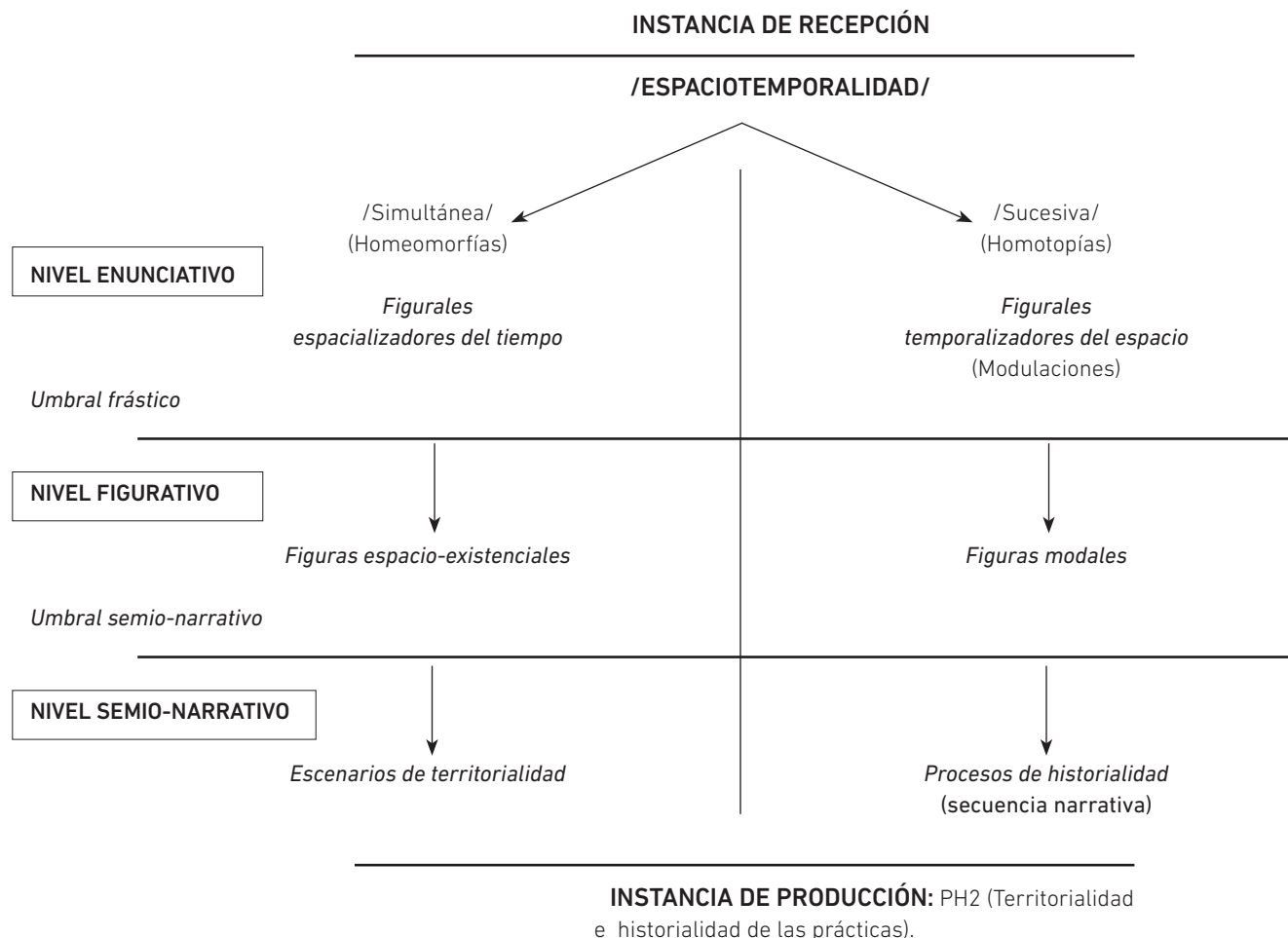
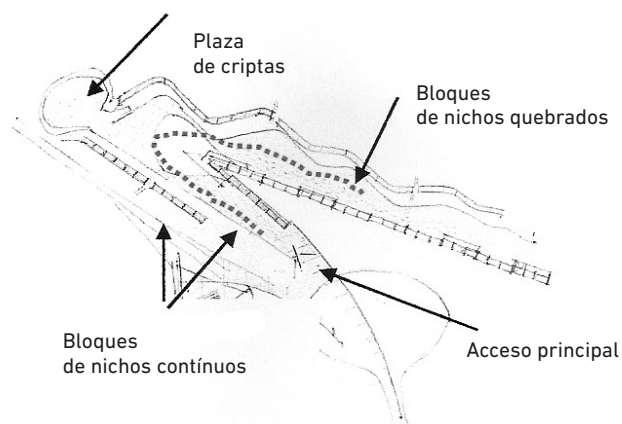


Tabla 2
Recorrido generativo
en el receptor-habitante.

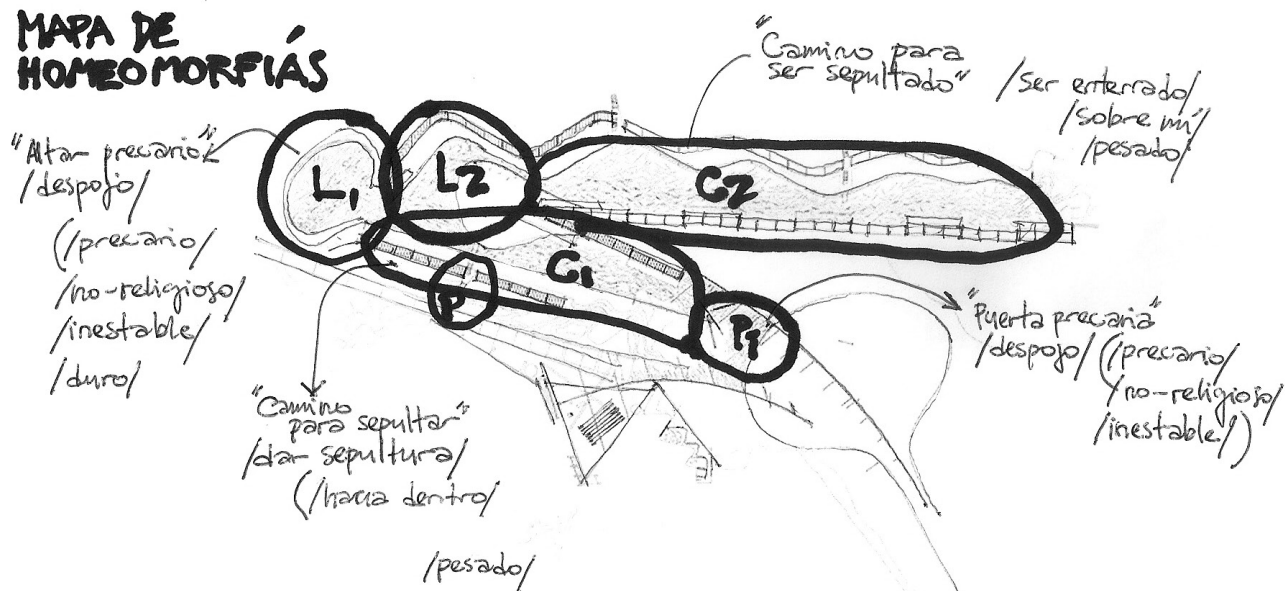
la auto-comprensión propia de la práctica del lado del evento del habitar, y la *significación* que viene del trabajo inmanente y ficcional del relato arquitectónico. Convergencia que, repito, no los hace iguales y ni siquiera asegura su semejanza, pero que tiene como punto de cruce, precisamente, al interpretante que nos ocupa para el caso. Esta convergencia es la que fundamenta y establece la forma narrativa del texto arquitectónico. Ya tampoco se trata solamente del puro efecto simbólico, cruce de sub-códigos antropológicos como lo fuera entonces en la tesis de Umberto Eco (1968 [1972: 510]), aunque esta tesis acierte con justeza en la significación estrictamente simbólica del espacio. Estoy hablando de un puente de equivalencias topológicas entre la espaciotemporalidad del habitar y la espaciotemporalidad *enunciativa*² construida como ficción semiótica, de toda forma narrativa. Al darse esta convergencia, desde el *input* de la instancia perceptiva hasta el *output* de la práctica habitacional interpretante, el recorrido generativo del receptor-

habitante se parte en dos, se bifurca (Tabla 2). Pasemos a verlo en un ejemplo arquitectónico del mejor pensamiento proyectual narrativista, el parque-cementerio de Igualada de Enric Miralles y Carme Pinos. Por razones obvias, no desarrollaré el recorrido generativo por completo, pero el ejemplo nos ayudará a ver ágilmente las figuras espacio-existenciales (homeomorfías) y las figuras modales (homotópicas) sobre una misma base arquitectónica, que, en este caso, se refiere a un punto de vista de borde inter-territorial, es decir, el punto de vista del receptor-habitante que recorta el espacio desde una lectura fronteriza, desde el espacio abierto y público más vinculado a la región sub-urbana a la que pertenece el parque (por eso es que no se registran aquí sus espacios internos más privados) (Figura 2). Será útil un mínimo esbozo de zonificación (Figura 3) Las constantes del registro homeomorfo nos permiten observar dos *lugares*, dos *caminos*, y una *puerta* espacio-existencial, (siguiendo las categorías topológicas y también gestálticas

2. En relación con el “desembrague enuncivo” de Greimas y Courtés (1979 [1982: 475]).



MAPA DE HOMEOMORFIÁS



de Norberg-Schulz). Esta última, retorizada al extremo respecto a las otras puertas-túneles laterales. Formalmente me refiero al grupo topológico s (del Sitio) formado por los subconjuntos SL $\{L1$ y $L2\}$; SC $\{C1$ y $C2\}$ y SPn $\{P1, pn...\}$ donde la puerta aparece como desviación retórica de su conjunto, y en donde el nivel τ inter-territorial de la lectura es el continente de pertenencia, s : $[T \{SL, SC, SP\}]$. Sucede pues que cada subgrupo y cada elemento dentro de éste es homeomorfo respecto del otro. En esta lectura de sitio, el receptor-habitante habita en simultaneidad espaciotemporal en estos lugares, caminos, puertas, (más allá de dónde se ubique

físicamente en un instante u otro) como el escenario de la *práctica de la sepultura*. Una vez que este grupo topológico pasa al nivel figurativo-simbólico, el registro de semas (unidades mínimas de sentido) los define como verdaderas figuras espacio-existenciales del sitio (Figura 4).

Resaltaré algunas particularidades de la sub-codificación simbólica: Tanto los lugares (las plazas secas) como la puerta de acceso presentan los mismos semas dominantes /despojo/, /no-religioso/ y /precario/ que compondrán las isotopías (las líneas de lecturas principales) del sitio. Los dos primeros semas son provenientes del sub-código de *etiqueta*,

Figura 2
Vista aérea.

Figura 3
Zonificación y recorrido.

Figura 4
Mapa mnémico
de homeomorfiás.

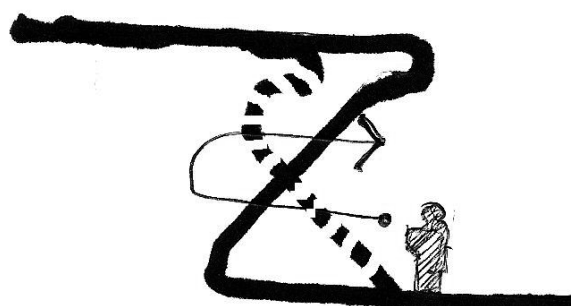
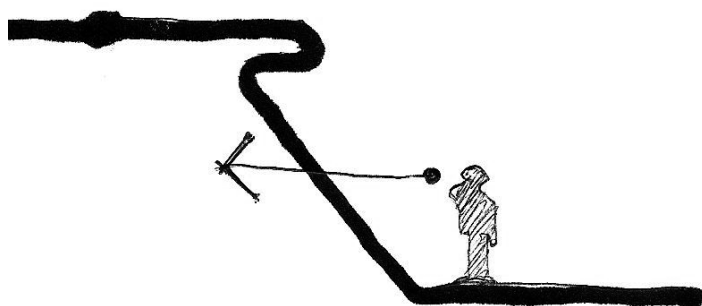


Figura 5a.
Plaza de criptas.

Figura 5b.
Acceso principal.

Figura 5c.
Puertas túnel.

Figuras 6a y b.
Esquema de masa visual.

Figuras 6c.
Variaciones de masa visual
en c1.

Figura 6d.
Variaciones de masa visual
en c2.



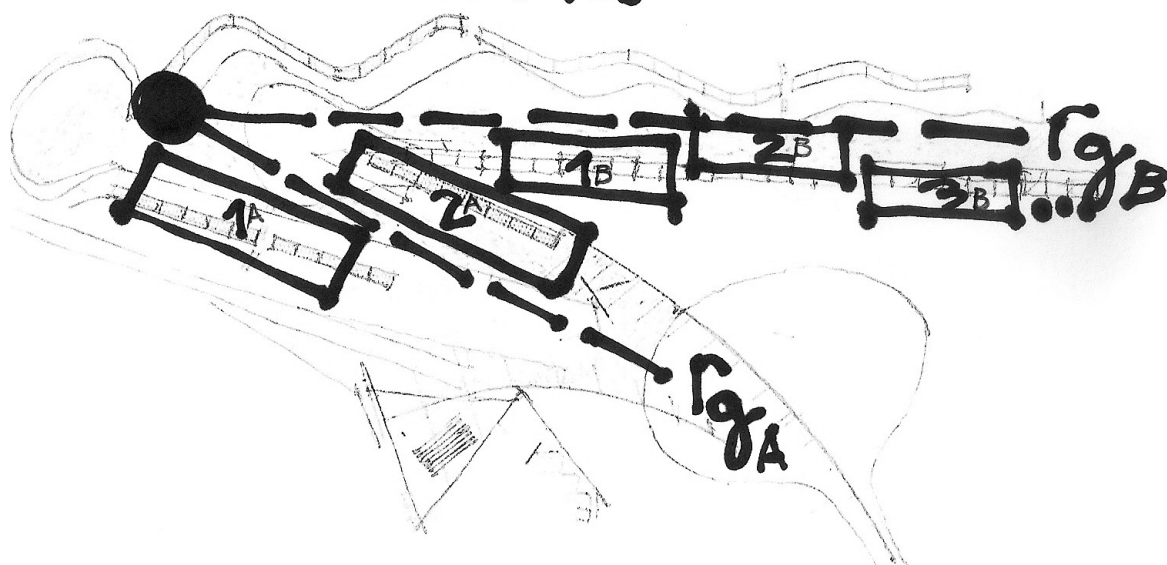
fundamental en la semántica del parque. En este escenario se ha perdido (intencionalmente) el *protocolo* más formal de las ceremonias (católicas-occidentales) de sepultura: el acceso ya no es el gran portal que da paso al lugar de los muertos y lo divide del lugar de los vivos; y la plaza seca, el único lugar exterior donde podría realizarse una liturgia comunitaria de despedida, ya no tiene altar, ni íconos, ni bancos. Entonces, se responde por el opuesto a los protocolos religiosos más duros de la liturgia. A este despojo (de protocolos) ahora se lo semiotiza con marcas hiperconvencionales, pero de otro tipo: los semas / precario/ y /pesado/ son semas provenientes de la sub-codificación extra o hiper-simbólica de la piedra, la madera, el alambre en bruto (Figuras 5a, 5b y 5c).

Al mismo tiempo (en *simultáneo*), los dos caminos del sitio van a tener semas dominan-

tes que provienen de otro sub-código muy activo en la carga semántica: el sub-código cinésico semantiza los recorridos con dos semas alternados. En la primera parte del recorrido (c1), el gesto postural es /hacia dentro/; la masa visual está replegándose en la misma dirección del gesto de desplazar el féretro hacia el interior de ella misma. Pero en el segundo recorrido, el gesto postural es otro bien distinto: la masa visual se quiebra en adelante y retroceso, y ahora el peso visual de esa masa cobra relevancia para colocar por debajo al receptor-habitante: /sobre mí/. Este mismo sema está repetido por el sub-código de transformación perceptiva. El /sobre mí/ es también marcado por el peso del propio cuerpo del receptor en descenso por el recorrido (Figura 6a, 6b, 6c y 6d).

El escenario del sitio puede resumirse entonces en estas figuras que son articuladas por

MAPA DE HOMOTOPÍAS



la simbolización de lo protocolar de etiqueta (concentrada en los lugares) y lo cinésico-postural (concentrada en los caminos): La práctica de la sepultura es cruda, sin el disfraz de ningún protocolo, y en ese despojo el acompañante queda en el mismo lugar “enterrado” que el difunto.

Pero este escenario se tensará en un programa narrativo articulado por otra topología superpuesta en la misma materia significativa (Figura 7).

La semántica homotópica opera con figuras muy diferentes a las del sitio, pues sus ritmos (o modulaciones) van a *modalizar* al sujeto de pasiones del relato. Las homotopías no describen la situación, sino definen las maneras del proceder, y de ahí sus vínculos con los estados conjuntivos o disyuntivos entre sujeto y objeto de deseo. En este caso, las organizaciones de *simetrías* espaciales, por ser quienes determinan la secuencia rítmica morfológica, son quienes toman el rol de las modulaciones tensivas señaladas por la semiótica de las pasiones. En una mirada sucinta, y siguiendo el cuadrado semiótico de sintaxis profunda propuesto por Greimas-Fontanille (1991 [1994: 278]), mostro los vínculos entre enunciación (indicial) de modulaciones y figurativización (simbólica) de modalidades, tras el paso por el umbral

frástico del recorrido generativo (Tabla 3). Entonces, el mapa homotópico del parque ahora se compone de dos simetrías traslatorias: una sobre el eje rg_A (el grupo topológico constante), donde hay traslación reflexiva o especular entre los motivos 1 y 2, y la otra sobre el eje rg_B , donde la traslación es doble: primero sobre ese eje, y luego sobre el eje transversal del motivo (en avance y retroceso respecto del habitante). ¿Qué ha pasado pues con la semántica modal? Ambas simetrías son prácticamente opuestas en su semántica modal aunque parientes en su organización morfológica: mientras que la primera jerarquiza la isometría modular y la especularidad, estará estabilizando al sujeto operador en un *deber-dar* sepultura. Mientras que la segunda simetría, a cuentas de la desviación retórica de un segundo eje traslatorio y el juego cinético de los planos inclinados, anulará totalmente el efecto isométrico de los nichos (véase Figuras 6c-6d) y semantizará un sujeto modal de *querer-ser-sepultura*. Luego, la transformación de estados modales del sujeto es quien comanda, en el nivel semio-narrativo, la programación de la secuencia del relato: Si el actante objeto de deseo (op) ha quedado lexicalizado como /Duro descenso/, (compuesto por los semas que se repiten constantes en rg_A y rg_B ; serán los semas comunes figurativizados en

Figura 7
Mapa mnémico
de homotopías.

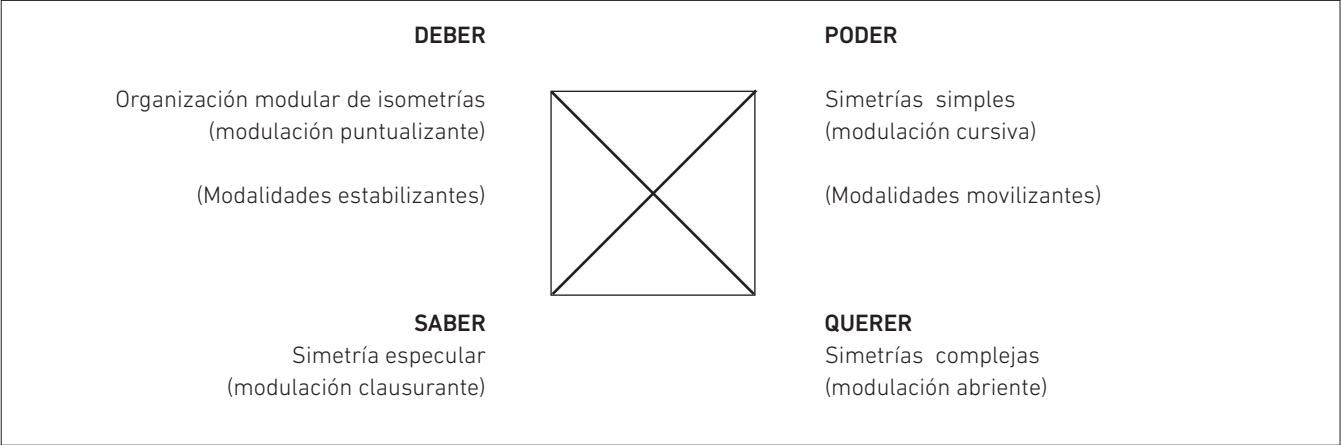


Tabla 3
Sintaxis profunda de
modalidades estabilizantes
y movilizantes.

C1 Y C2), entonces el primer estado narrativo es el de un sujeto expectante (NO-S U Op), entre la puerta abierta y el primer camino, un sujeto que, en el deber de dar sepultura, es “no disyunto” a su propio descenso. El programa se mueve luego al estado conjuntivo (s $\cap$ Op), donde un sujeto de querer ha tomado para sí su propia sepultura. Este aparato crítico narrativo viene a dar cuentas de *eso poéticamente molesto* que hay en el cementerio de Igualada. No se trata solo de un escenario situacional donde he quedado desprovisto de libretos protocolares ante la muerte, sino también de un programa narrativo, sobrepuesto al ritual de la práctica, donde, en tanto sujeto de deseo, he pasado del deber (cumplir con la sepultura) al querer ser tomado por la muerte. Por supuesto, este relato es solo ficción arquitectónica de la práctica de dar sepultura, no es la práctica histórica en sí de los habitantes de Igualada. Sin embargo, en esta convergencia entre ficción de la práctica y práctica de la ficción es donde se resuelve el habitar y donde la arquitectura es esencialmente narrativa ■

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANSCOMBE, Gertrudis E. M. 1957. *Intention* (Oxford: Basil Blackwell). Trad. española por Ana I. Stellino, *Intención* (Barcelona: Paidós, 1991).

BENVENISTE, Èmile. 1966. *Problèmes de linguistique générale* (Paris: Gallimard). Trad. española, *Problemas de lingüística general*, T I (México: Siglo XXI, 1971).

BRANDT, Per Aage. 1987. "La condición semiótica", en el *Seminario internacional de comunicación, discursos, semióticas*, compilado por Lucrecia Escudero y Olga Correa (Rosario: Editorial de la Universidad Nacional de Rosario, 1993).

BRANDT, Per Aage. 1994. *Dynamiques du sens* (Aarhus: University Press). Trad. española por Graciela Ortiz y Fernando Silberstein, *Dinámicas del sentido, Estudios de semiótica modal* (Rosario: Homo Sapiens, 1994).

CARR, David. 1986. "Narrative and the real world", *History and Theory* 25 (2), 117-131.

CHUK, Bruno. 2005. *Semiótica narrativa del espacio arquitectónico* (Buenos Aires: Nobuko).

ECO, Umberto. 1968. *La struttura assente* (Milán: Bompiani). Trad. española de F. Serra Cantarrel, *La estructura ausente* (Barcelona: Lumen, 1972).

FERNÁNDEZ, Roberto. 2002. "Arquitecturas narrativas", *Summa* (55), 68-70.

FOUCAULT, Michel. 1979. *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).

FREUD, Sigmund. 1919. "Lo ominoso", en *Obras Completas*, T. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1988).

FREUD, Sigmund. 1920. "Más allá del principio del placer", en *Obras Completas*, T. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1988).

FRÉCHET, Maurice y Ky FAN. 1946. *Introduction a la topologie combinatoire* (Paris: Valbert). Trad. española por D. A. H. Nogués, *Introducción a la topología combinatoria* (Buenos Aires: Eudeba, 1959).

GENETTE, Gérard. 1966. "Frontieres du récit", *Communications* 8. Trad. española en *Análisis estructural del relato* (México: Ediciones Coyoacán, 1998), 196-209.

GREIMAS, Algirdas J. 1966. *Semantique structurale: recherche de méthode* (Paris: Larousse). Trad. española por Alfredo de la Fuente, *Semántica estructural* (Gredos: Madrid, 1987).

GREIMAS, Algirdas J. y Joseph COURTÉS. 1979. *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage* (Paris: Hachette). Trad. española por Enrique Ballón Aguirre y Hermis Campodónico Carrión, *Diccionario razonado de la teoría del lenguaje* (Madrid: Gredos, 1982).

GREIMAS, Algirdas J. y Jacques FONTANILLE. 1991. *Sémiotique des passions. Des états de choses aux états d'âme* (Paris: Editions du Seuil). Trad. española de G. H. Aguilar y R. Flores, *Semiótica de las pasiones* (Madrid: Siglo XXI, 1994).

GREIMAS A. Julien. 1996. *La enunciación. Una postura epistemológica* (Puebla: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades).

HEIDEGGER, Martin. 1927. *Sein und Zeit* (Tübingen: Max Niemeyer). Trad. española por José Gaos, *El ser y el tiempo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1951).

HEIDEGGER, Martin. 1951. "Disterisch wohnt der mensch", conferencia dictada en la Buhlerhohe, el 6 de Octubre de 1951. Trad. española por Ruth Fischer, "Poéticamente habita el hombre", *Humanitas* 13, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Tucumán, 1960.

KLINKENBERG, Jean-Marie. 2005. "La semiótica visual: grandes paradigmas y tendencias de línea dura", *Tópicos del seminario, Semiótica de lo visual*, 13, 19-47.

LEFEBVRE, Henri. 1970. *La révolution urbaine* (Paris: Gallimard). Trad. española por Mario Nolla, *La revolución urbana* (Madrid: Alianza, 1976).

PEIRCE, Charles S. 1974. *La ciencia de la semiótica* (Buenos Aires: Nueva Visión).

PIÑÓN, Helio. 1984. *Arquitectura de las neovanguardias* (Madrid: Gustavo Gili).

RICŒUR, Paul. 1985. *Temps et récit* (Paris: Editions du Seuil). Trad. española por Agustín Neira, *Tiempo y narración* T. 1 (Madrid: Siglo XXI, 1995).

ROSSI, Aldo. 1982. *La arquitectura de la ciudad* (Barcelona: Gustavo Gili).

RECIBIDO: 11 abril 2011.

ACEPTADO: 6 abril 2012.

CURRÍCULUM

BRUNO CHUK es arquitecto egresado con honores de la Facultad de Arquitectura Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de San Juan, y doctor en Teoría y Crítica de las Artes, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Asimismo ha cursado estudios en filosofía y teología en el Instituto Universitario del ISEDET, Buenos Aires, donde obtuvo el título de bachiller. Actualmente es profesor adjunto dedicado a tareas de investigación en el Instituto de la Espacialidad Humana de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UBA), y docente en la Maestría de lógica y técnica de la forma de la misma casa de estudios. Se dedica a la semiótica del espacio arquitectónico y es autor del libro *Semiótica narrativa del espacio arquitectónico* (2005).

Instituto de la Espacialidad Humana
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Universidad de Buenos Aires |
Pabellón Azara 410, 1º. E, Lomas de Zamora,
Buenos Aires, Argentina

E-mail: bruno.chuk@yahoo.com.ar